

¿UNA INTERNACIONAL DE AGRICULTORES?

¿Cuál fue tu aprendizaje de activista en Francia? ¿Participaste en el mayo de 1968 o eras demasiado joven para ello?

Por aquel entonces estaba en mis primeros años de secundaria, fuera de París, pero naturalmente lo que estaba pasando me influyó: los acontecimientos de mayo, las discusiones, toda aquella atmósfera. No hice gran cosa, salvo una ocupación del campo de fútbol de la escuela. Estaba en los últimos años de escuela secundaria cuando empecé a ir a manifestaciones. Con 17 años me sumé a la lucha contra el servicio militar, en favor de los derechos de los objetores de conciencia y de los desertores. Había una red de grupos de toda Francia. Solíamos asistir a los tribunales militares todas las semanas para mostrar nuestro apoyo a los chicos que cumplían el servicio militar, así como a los soldados regulares, procesados por robo o por disputas con los mandos. Recogimos todas las estadísticas e hicimos público lo que estaba ocurriendo realmente dentro del ejército. En 1970 ó 1971, me trasladé a Burdeos con mis padres nada más terminar el bachillerato. Había nacido allí, pero mis padres, investigadores agrícolas que se dedicaban al estudio de las enfermedades de los árboles frutales, cambiaban bastante de residencia. Vivimos unos años en Berkeley cuando era pequeño.

Pude haber ido a la universidad en Burdeos, pero quería dedicarme plenamente al trabajo con los objetores de conciencia. Fue entonces, a principios de la década de 1970, cuando los campesinos de la meseta de Larczac entraron en contacto con nosotros. El ejército había decidido ampliar la base militar con que contaba en la zona y que ocupaba de 3.000 a 17.000 hectáreas. Los granjeros locales solicitaron nuestro apoyo para formar grupos de resistencia. Construimos una red de unos 200 comités Larczac en Francia; también había algunos en Alemania y Gran Bretaña. Toda nueva construcción estaba prohibida en la meseta, así que, en 1973, empezamos a construir allí un establo de ovejas, justo en mitad de la zona que el ejército había destinado para la ampliación. Cientos o incluso miles acudieron a ayudar; lo llamamos una *manifestation en dur*: una manifes-

tación concreta. Lo construimos totalmente de piedra, a la manera tradicional. Nos llevó casi dos años. Al mismo tiempo, nuestra red estaba en contacto con un grupo de granjeros de montaña en los Pirineos. Solíamos llevar allí a los objetores al servicio militar para que trabajaran, en una tierra demasiado escarpada y montañosa para la utilización de la maquinaria y donde había que hacerlo todo a mano. Allí viví mi primera experiencia como ganadero de vacas de leche y en la fabricación del queso. Más tarde, en el invierno de 1975-1976, los granjeros de Larzac decidieron que debíamos ocupar las granjas vacías compradas por el ejército en torno a la base. Me trasladé a Montredon, como ganadero de ovejas, contando con muchos contactos estrechos en la región.

¿Cuáles fueron tus principales influencias en aquella etapa?

Había dos corrientes. Una era el pensamiento libertario de la época, ideas anarcosindicalistas, en particular: Bakunin, Kropotkin, Proudhon y los anarquistas de la guerra civil española. Por aquel entonces todavía vivían muchos veteranos de la guerra civil en Burdeos, con los que solíamos conversar. La otra era el ejemplo de las personas implicadas en estrategias de acción no violenta: Luther King y el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos; César Chávez, el jornalero que organizó a los vendimiadores en California. Asimismo, había una fuerte influencia ghandiana: la idea de que no puedes cambiar el mundo sin hacer cambios en tu propia vida; así como el intento de integrar acciones simbólicas impactantes en formas de acción de masas.

En buena parte de Europa y en Estados Unidos, hubo una clara ruptura entre las luchas de la década de 1960 y 1970 y las de hoy, con grandes derrotas –Reagan, Thatcher– entre medias. En Estados Unidos, en particular, parece que una nueva generación se ha implicado hoy en las protestas antiglobalización. En el caso de Francia, ¿no hubo tal vez una impresión menos clara de haber sufrido una derrota pero también menos relevo generacional?

La década de 1970 fue un período de fuerte militancia en Francia, que coincidió con una situación política en la que cabía la posibilidad de que los partidos de izquierda llegaran al poder por primera vez. Había mucha esperanza en 1981, cuando fue elegido Mitterand. El reflujo llegó en los años siguientes. Hubo quienes sostenían: «No debemos hacer nada que pueda perjudicar a los socialistas». Otros se desencantaron y dejaron la política diciendo: «Pensábamos que así cambiarían las cosas, pero no ha cambiado nada». Eran los años de la comercialización, de las soluciones individuales, en los que «tener pasta» era la principal preocupación. Todo ello no nos afectó tanto en el movimiento de los campesinos. En la meseta de Larzac, tras nuestra victoria contra el ejército en 1981, empezamos a organizarnos para autogestionar la tierra, traer gente joven para que se dedicara a las labores agropecuarias, a ocuparnos de la cuestión del Roquefort y de la agricultura intensiva, a luchar por los derechos de

los pequeños productores, a construir las redes sindicales que al final confluyeron en la *Confédération Paysanne* [Confederación Campesina]. Así las cosas, para nosotros la década de 1980 fue un período muy rico. No hubo una impresión de descalabro.

En lo que respecta a la generación joven: es verdad que muchas campañas de la década de 1990 fueron un poco grises. Convencieron, pero no consiguieron arrastrar a mucha gente. Vimos la aparición de otro conjunto de temáticas –las luchas por la vivienda de los sin techo, las campañas de los *sans-papiers*– que empezaron a crear nuevas formas de actividad política, cristalizando en el movimiento antiglobalización de los últimos años. En el juicio por el desmantelamiento del McDonald's en Millau en junio de 2000, nos apoyaron más de 100.000 personas, entre las cuales había mucha gente joven. Desde entonces, en Niza, en Praga, ha habido una verdadera sensación de un tipo de conciencia diferente. Esta conciencia se explica por una forma más global de pensar el mundo, en la que las viejas formas de lucha –en el lugar de trabajo o contra el Estado– ya no tienen tanto peso. Con el movimiento contra un sistema económico mundial monolítico, de nuevo la gente puede ver al enemigo con mayor nitidez. Ha habido un problema en Occidente. A la gente le ha costado aferrar concretamente lo que suponen las nuevas formas de alienación en una economía que se ha vuelto completamente autónoma con respecto a la esfera política. Pero, al mismo tiempo –y acaso sea esto una particularidad de Francia–, el movimiento antiglobalización nunca se ha aislado de otras fuerzas sociales. Siempre hemos considerado la lucha por los derechos de los inmigrantes y los excluidos, de los *sans-papiers*, los parados, los sin techo, parte de la lucha contra el neoliberalismo. No podríamos imaginar un movimiento antiglobalización que no luchara por estos derechos en casa.

En 1987 fundaste la Confédération Paysanne. ¿En qué consiste su proyecto?

En primer lugar, se trata de la defensa de los intereses de los campesinos en tanto que trabajadores. Nosotros también estamos explotados: por los bancos, por las compañías que compran nuestros productos, por las firmas que nos venden equipos, fertilizantes, semillas y piensos. En segundo lugar, se trata de una lucha contra todo el sistema de la agricultura intensiva. Los objetivos de las multinacionales que las dirigen son el mínimo de puestos de trabajo y el máximo de la producción orientada a la exportación sin ninguna consideración hacia el medio ambiente o la calidad de los alimentos. Tomemos el caso del sistema de cría de terneros. Primero, el joven ternero es separado de su madre. Luego se le alimenta con leche ordeñada a máquina, transportada a una fábrica, pasteurizada, descremada, desecada, reconstituida, envasada y, por último, transportada de nuevo a las granjas, todo ello realizado con enormes subsidios de la UE para asegurar que la leche procesada les salga más barata que la que los terneros podrían haber mamado por sí mismos. Esta especie de locura económica y ecológica, junto con los riesgos para la salud que acarrea la agricultura intensiva, han dado impulso a un enfoque alternativo.

La derecha siempre ha intentado controlar y explotar el movimiento de los agricultores en Europa de acuerdo con sus propios objetivos conservadores y religiosos. La política agrícola de la izquierda tradicional fue catastrófica, completamente contraria al mundo de los campesinos en cuyo nombre hablaba. Queríamos bosquejar una estrategia agrícola –autónoma de los partidos políticos– que expresara las reivindicaciones propias de los agricultores en vez de instrumentalizarlas para otros fines. Nos dedicamos a desarrollar formas de agricultura sostenible, que respeten la exigencia de protección medioambiental, de una alimentación sana, de la defensa de los derechos laborales. Cualquier agricultor puede ingresar en la *Confédération Paysanne*. No está limitada a aquellos que utilizan métodos orgánicos ni a los que cultivan unas determinadas superficies. Basta con adherirse al proyecto fundamental. Contamos con unos 40.000 miembros en la actualidad. En las elecciones a las *Chambres d'Agriculture* [cámaras agrarias] de este año conseguimos el 28 por 100 de los votos totales, y bastante más en algunos departamentos, con el 44 por 100 en Aveyron y en 46 por 100 en La Manche.

¿Qué te llevo a enfrentarte a la industria de la comida basura, cuyo hito más famoso fue el desmantelamiento del McDonald's en Millau?

Durante la década de 1980 llevamos adelante una gran campaña en Francia contra las presiones sobre los criadores de ternera para que alimenten con hormonas del crecimiento a sus terneros. Hubo un poderoso movimiento de boicot y mucha publicidad acerca de sus riesgos para la salud. Los sucesivos ministros de Agricultura se vieron obligados a imponer restricciones, a pesar de la enorme presión de la industria farmacéutica. A finales de la década de 1980, la UE prohibió su uso en la ganadería, pero ha estado dando bandazos sobre la cuestión desde entonces. En 1996, Estados Unidos presentó una queja ante la OMC motivada por la negativa europea a importar carne de vaca estadounidense tratada con hormonas, explotando los resultados de una conferencia científica, organizada por el comisario europeo de Agricultura y Pesca, Franz Fischler, que había llegado a la conclusión escandalosa de que cinco de las hormonas no entrañaban riesgo para la salud. Pero hubo tanta oposición popular, unida a la creciente inquietud acerca de lo que estaba ocurriendo en la cadena alimentaria –la enfermedad de las vacas locas, los pollos belgas envenenados con benzodioxinas, las alarmas por brotes de salmonella, los organismos genéticamente modificados–, que de hecho el Parlamento europeo mantuvo su postura. Cuando expiró el plazo concedido por la OMC en el verano de 1999, Estados Unidos embistió con una sobretasa de represalia del 100 por 100 sobre una larga lista de productos europeos, entre los que se encuentra el queso de Roquefort. Esto supuso un problema tremendo en el ámbito local, no sólo para los productores de leche de oveja, sino para toda la región de Larzac.

Cuando dijimos que protestaríamos desmantelando el McDonalds en fase de construcción de nuestra ciudad, todo el mundo comprendió, porque

el simbolismo era realmente enorme. Se trataba de la buena comida contra la *malbouffe* [el comistrajol], de los trabajadores agrícolas contra las multinacionales. La estructura real era increíblemente ligera. Cargamos todos los marcos y tabiques en los remolques de nuestros tractores y los paseamos por la ciudad. La extrema derecha y otros nacionalistas intentaron dar a entender que se trataba de «antiamericanismo», pero la inmensa mayoría comprendió que no se trataba de eso en absoluto. Se trató de una protesta contra una forma de producción alimentaria que quiere dominar el mundo. Tras mi detención, sentí cómo crecía el apoyo internacional hacia nosotros, viendo la televisión en la cárcel. Muchos agricultores y defensores del medio ambiente estadounidenses enviaron cheques.

¿Cómo habéis coordinado la solidaridad internacional con los campesinos y agricultores de otros países?

Desde principios de la década de 1980 empezamos a pensar cómo organizarnos en un ámbito europeo. Pensamos que no debíamos quedarnos aislados en Francia cuando había otras redes de agricultores en Suiza, Austria y Alemania. Necesitábamos una estructura común frente a la política agrícola europea, que está completamente dominada por los intereses del *agrobusiness*. Por esta razón decidimos crear la *Coordination Paysanne Européenne*, que cuenta con una sede en Bruselas. A través de este movimiento entramos en contacto con grupos de campesinos de otros continentes. La idea de crear una estructura internacional nació hace unos diez años. De ahí nació Vía Campesina. En ella participan muchas organizaciones de agricultores diferentes: la Asociación de Agricultores del Estado de Karnataka, en el sur de la India, que ha desempeñado un papel de primer orden en las campañas de acción directa militante contra las semillas genéticamente modificadas y que representa a más de 10 millones de agricultores; el Movimiento Sem Terra en Brasil, que ha organizado ocupaciones de tierra con familias de campesinos y tiene un importante programa social y educativo. Hay redes regionales en cada continente, organizadas en torno a sus propios objetivos: en Europa, en Norteamérica, en América central y meridional, en Asia y en África. Asimismo, hay un comité ejecutivo conjunto que en este momento tiene su sede en Honduras, pero que se trasladará a Asia el año que viene.

Fuiste a Seattle con Vía Campesina. ¿En qué consistía vuestra crítica de la OMC?

La inclusión de la alimentación y la agricultura en el proceso del GATT en 1986 fue una gran victoria del *agrobusiness*: un paso considerable hacia la regulación del comercio y de la producción agrícola conforme a criterios neoliberales. Los países dejaron de poder adoptar libremente sus propias políticas alimentarias. Se vieron obligados a bajar los aranceles y a aceptar un porcentaje de importaciones, lo que, de hecho, viene a significar la importación de productos estadounidenses y de la UE: el 80 por 100 de las exportaciones alimentarias mundiales proceden de ambos. El

proceso fue más allá con el Acuerdo de Marrakesh de 1994 que dio lugar a la OMC. En la actualidad, un Estado sólo puede negarse a importar productos agrícolas o alimentarios amparándose en la protección de la salud de su población y de su ganadería. Las amenazas contra esta última vienen recogidas en el Codex Alimentarius, que a su vez está dirigido por los gigantes alimentarios: el 60 por 100 de sus delegados proceden de la UE y de Estados Unidos.

Estaba previsto que los acuerdos de Marrakesh se sometieran a un primer balance en Seattle, lo que, por supuesto, nunca se llevó a cabo. Obviamente, no necesitábamos un informe oficial para saber que los países del sur han sido los grandes perdedores: la apertura de sus fronteras ha auspiciado un ataque directo a su agricultura de subsistencia. Por ejemplo, Corea del Sur y Filipinas venían siendo autosuficientes en la producción de arroz. Ahora se ven obligados a comprar arroz de peor calidad más barato que los granos locales, lo que ha diezariado su propia producción arrocería. Se está obligando a India y Pakistán a importar fibras textiles, lo que está teniendo un efecto devastador sobre los pequeños cultivadores de algodón. En Brasil —un gran exportador agrícola—, un porcentaje creciente de la población padece de verdadera malnutrición. Las multinacionales están haciéndose con el control, negando a un gran número de familias de agricultores el acceso a la tierra y la posibilidad de alimentarse a sí mismos.

¿Cuáles eran vuestras reivindicaciones en Seattle?

En primer lugar, todos los países deben tener el derecho a imponer sus propios aranceles, para proteger sus propios recursos agrícolas y alimentarios y conservar un equilibrio entre el campo y la ciudad. Las personas tienen un derecho fundamental a producir los alimentos que necesitan en el área en el que viven, lo que implica oponerse al desplazamiento que en la actualidad está llevando a cabo el *agribusiness* estadounidense y europeo —granjas de pollos y cerdos y verduras de invernadero— a países de mano de obra barata y sin regulación medioambiental. Estas firmas no alimentan a la población local: por el contrario, destruyen la agricultura local, obligando a las pequeñas familias de campesinos a abandonar el campo, como sucede en Brasil. En segundo lugar, tenemos que tomar medidas para acabar con la práctica del *dumping* por parte de las multinacionales. Se trata de una táctica muy arraigada para quitarse de en medio una agricultura local. Inundan un país con productos muy baratos y de bajísima calidad, subvencionados mediante la distribución de enormes ayudas a la exportación y otros tipos de ayuda por parte de los grandes intereses financieros. Luego, vuelven a subir los precios, una vez que los agricultores locales han sido destruidos. En el África subsahariana, las cabañas de ganado se han visto reducidas a la mitad como consecuencia de la inundación de reses muertas congeladas altamente subvencionadas por parte de las compañías cárnicas europeas. La abolición de toda ayuda a la exportación sería un primer paso hacia el comercio justo. De ser así, el

mercado mundial reflejaría el coste real de producción para los países exportadores.

En tercer lugar, rechazamos absolutamente el derecho de las multinacionales a imponer patentes sobre los seres vivos. Eso es biopiratería, la forma más burda de expropiación sobre el planeta. Se supone que las patentes sirven para proteger un nuevo invento o una nueva técnica, no un recurso natural. En este caso, lo patentado ni siquiera es la técnica sino los productos, las semillas modificadas genéticamente por media docena de compañías químicas que violan el derecho universalmente reconocido de los agricultores a almacenar semillas para la cosecha del año siguiente. El programa de modificación genética de las multinacionales ha supuesto a su vez un ataque feroz sobre la biodiversidad. Por ejemplo, durante siglos se han cultivado aproximadamente 140.000 tipos de arroz en Asia. Fueron adaptadas a la particularidad de gustos locales y de las condiciones de crecimiento: grano largo, grano corto, variaciones de altura, sabor, textura, tolerancia de la humedad y de las temperaturas, etc. Las compañías alimentarias están trabajando en cinco o seis variedades genéticamente modificadas para el cultivo intensivo que requiere poca mano de obra y están imponiéndolas en áreas de agricultura de subsistencia tradicional. En algunos países asiáticos –Filipinas y China son los peores casos–, esta media docena de variedades cubre en la actualidad dos tercios de la tierra dedicada al cultivo del arroz.

¿Cuál sería vuestra alternativa a la OMC?

Hemos abogado por un Tribunal Internacional del Comercio –paralelo al Tribunal Internacional de los Derechos Humanos– basado en una Carta y compuesto por jueces nombrados por la ONU. Debería haber transparencia de procedimientos y los individuos privados, los grupos y los sindicatos deberían estar autorizados a entablar pleitos, al igual que los Estados. El Tribunal desempeñaría un papel constitucional, notificando sus decisiones acerca de la ratificación o no de los acuerdos económicos internacionales: éstos deberían ser conformes a los derechos individuales y colectivos refrendados por los miembros de la ONU: el derecho a la alimentación, al alojamiento, al trabajo, a la educación y a la salud. Estos derechos han de imponerse en el mercado; deben ser respetados no sólo por los Estados, sino por las instituciones económicas. Se trata de un proceso similar al de los acuerdos de Kyoto sobre el medio ambiente.

Sin duda, Kyoto no supone un precedente muy alentador.

Estoy de acuerdo. Pero estas cosas llevan tiempo. El llamamiento en favor de un Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra ha sido ratificado hasta ahora por 30 ó 40 países, aunque ha tardado casi cuatro décadas en instituirse. Pero es esencial preguntarnos qué estructuras queremos para el comercio multilateral. Tenemos que desarrollar una perspectiva global a largo plazo sin ser ingenuos. Ello exigirá un cierto equilibrio de fuerzas.

Hay quienes, en Vía Campesina –el MST, por ejemplo– han reclamado la abolición de la OMC y no su reforma. ¿Están reñidas a este respecto las experiencias del Norte y del Sur?

«Fuera los alimentos de la OMC» es una reivindicación de Vía Campesina. Nos pusimos de acuerdo sobre los tres puntos principales: soberanía alimentaria, seguridad alimentaria, patentes. Para la gente del Sur, la soberanía alimentaria significa el derecho a protegerse de las importaciones. Para nosotros, significa luchar contra las ayudas a la exportación y contra la agricultura intensiva. En esto no hay contradicción en absoluto. Podemos organizar una acción en un lugar del mundo sin comprometer en modo alguno los intereses de los campesinos de cualquier otro lugar, ya se trate de arrancar plantas de soja modificada genéticamente con el Movimiento Sem Terra en Brasil, como hicimos en enero pasado, manifestándonos con los agricultores indios en Bangalore, extirpando el arroz modificado genéticamente con ellos cuando vinieron a Francia o manifestándonos con los campesinos y los zapatistas en México: en realidad, nuestras reivindicaciones son las mismas. Naturalmente, hay diferentes puntos de vista en Vía Campesina: el intercambio de opiniones y experiencias hace de ésta una red fantástica de formación y de debate. Es una verdadera Internacional de los agricultores, un ejemplo vivo de una nueva relación entre Norte y Sur.

¿No debería oponerse el movimiento antiglobalización a formas globalizadas de poder militar –la OTAN, por ejemplo– además de a la OMC?

Eso es más complicado. No digo que no haya que luchar contra la OTAN, pero detrás del conflicto militar suele estar en curso una forma mucho más taimada y destructiva de colonización económica, a través de los programas impuestos por el FMI y el Banco Mundial, que abren regiones a las multinacionales, desmantelan servicios públicos, privatizan infraestructuras. Por ejemplo, en Sarajevo a mediados de la década de 1990, había personas en el contingente militar francés que no eran en absoluto oficiales sino representantes de la multinacional Vivendi, antiguamente Eaux de France. Se pasaron todo el tiempo estudiando la red de suministros de aguas y la infraestructura. Cuando acabó la guerra, estaban allí para ofrecer sus servicios para la reconstrucción de los servicios públicos en Bosnia. Hoy Vivendi controla el sistema de aguas de Sarajevo, como un servicio privado. Es una forma de dominio económico que vemos en toda América Latina, en África, en Asia y en otros lugares.

Es preciso que denunciemos el papel de la superpotencia militar exclusiva como policía global, pero su predominio económico es más importante. Tiende a haber protestas contra la guerra cuando se trata de conflictos particulares, en vez de contra el militarismo en cuanto tal. En Francia hubo una movilización considerable contra la Guerra del Golfo, aunque no fue fácil si tenemos en cuenta que la guerra fue llevada adelante por un gobierno socialista. Pero la forma en que atacó Occidente,

tan sólo para controlar el petróleo, sin duda suscitó verdaderas protestas. En Bosnia y en Kosovo, la situación era mucho más ambigua. Hubo mucho debate dentro del movimiento entre aquellos que se oponían a la intervención de la OTAN y aquellos que decían, con bastante razón, que el régimen de Milošević era un engendro putrefacto y rojipardo: el viejo estalinismo con traje nacional serbio. Además, la gente sabía lo que venía sucediendo en Kosovo durante años. Hubo muchas discusiones acerca de la forma que habrían de cobrar la resistencia y la solidaridad. Sin embargo, para mí no hay guerra buena. Una vez que se llega a ese punto, la gente pierde siempre inevitablemente. Me opuse a ambas formas de intervención militar, al igual que me opongo al bombardeo estadounidense de Afganistán.

¿Cuál es tu postura ante el «republicanismo» antiglobalización de Chevènement, que ha tenido su reflejo en el pensamiento de la izquierda de otros países: [Tony] Benn en Gran Bretaña, por ejemplo?

Sostuve un debate público con Chevènement en la radio francesa mientras asistía a la conferencia contra la globalización de Porto Alegre en enero pasado. Al final se redujo a una oposición entre dos puntos de vista completamente distintos. Chevènement piensa que las fronteras del Estado-nación pueden hacer de baluarte contra la globalización. A mi modo de ver, se trata de una ilusión. Las corporaciones multinacionales, los acuerdos multilaterales sobre inversiones y las normas de libre comercio operan en un ámbito completamente distinto, por encima de las fronteras nacionales. Decir que podemos tener un Estado fuerte no tiene sentido en este contexto. Sirve tan sólo para proporcionar a la gente el espejismo de una forma de protección adecuada. Como ministro de Interior, Chevènement fue responsable de la aplicación de las políticas de inmigración más restrictivas, abrogando el derecho humano básico a la libertad de movimientos. Cerrar las fronteras no resuelve en nada la cuestión fundamental que está en juego en la inmigración: la desigualdad entre Norte y Sur.

El único Estado que no ha visto mermado su poder frente a estos acuerdos multilaterales es Estados Unidos, ¿no es así?

Por supuesto, Estados Unidos domina completamente el FMI y el Banco Mundial, mientras que su voluntad es hegemónica dentro del Consejo de Seguridad. Pero a su vez, el gobierno de Estados Unidos no es más que un instrumento de las grandes compañías. Su función política consiste simplemente en transmitir los intereses de las principales empresas, razón por la cual, en las últimas elecciones, mucha gente no vio ninguna alternativa entre Bush y Gore. La campaña de Ralph Nader puso de relieve la verdadera naturaleza de la política estadounidense. En realidad, los candidatos son elegidos para ser representantes de grupos financieros o industriales. El sistema está íntegramente al servicio de los intereses económicos, que detentan el verdadero poder. Se puede comprobar este funcionamiento de forma pormenorizada en el ámbito de la Administración

federal: el poder de las multinacionales se impone directamente sobre la marcha de la máquina. El Estado estadounidense funciona como un motor de apoyo para éstas, institucional e ideológicamente. Sin embargo, el neoliberalismo no es sólo un dominio estadounidense. Se trata de una tendencia rigurosamente global, que afecta por igual a Europa o a América, a los gobiernos de derecha así como a los socialdemócratas. En sus negociaciones con la OMC, no ha habido diferencia alguna entre el actual comisario de Comercio de la UE –Pascal Lamy, miembro del Partido Socialista francés– y su predecesor Leon Brittain, conservador británico. El mismo pensamiento –*la pensée unique*– es hoy verdaderamente hegemónico en todas partes. No es sólo *la pensée américaine*. Tenemos que preocuparnos de sus defensores en nuestros propios países, en vez de ver sólo la bandera estadounidense.

Jospin llegó al poder con un programa mucho más radical que el de Blair o Schroeder. ¿Qué balance harías de su mandato?

No hay apenas diferencias entre los programas económicos de la derecha y la izquierda, si así podemos denominar al Partido Socialista. Por ejemplo, no ha habido ningún intento de reducir verdaderamente la jornada laboral, tan sólo una serie de negociaciones sector por sector. Intentan seguir el camino de en medio. Podrían haber ido mucho más lejos. Ahora, con los ojos puestos en las elecciones del 2002, el PS está intentando recuperar votos por la izquierda dando muestras de interés hacia los movimientos sociales. Pero no son más que palabras. No están teniendo en cuenta para nada los programas de los movimientos en la elaboración de sus políticas. En las negociaciones de Doha, el gobierno francés secundará sin fisuras las posiciones de la UE. El elemento central de las elecciones legislativas y presidenciales de la próxima primavera será el porcentaje de abstenciones. Mucha gente se ha sentido muy defraudada por la política de la Unión de la Izquierda, a la vez que no se reconocen necesariamente en los candidatos de la extrema izquierda, que conseguirán unos pocos votos en la primera vuelta. Chirac y Jospin no ofrecen una verdadera opción entre alternativas. Su visión de la sociedad es la misma. Nos encaminamos cada vez más hacia una situación en la que la lógica económica es más fuerte que cualquier voluntad política. Los dirigentes de los partidos se limitan a seguir el viento que más sopla. La *Confédération Paysanne* no pide el voto para ningún partido. Yo mismo me pregunto incluso si habría que votar.

¿Ha habido conversaciones para tu presentación a las elecciones presidenciales?

Nunca. No es mi papel. De hecho, el hecho de no presentarse a las elecciones es una de las condiciones para ser miembro de la *Confédération Paysanne*. Resulta bastante curioso que la primera persona que dijo que yo estaba pensando presentarme a las presidenciales fue Daniel Cohn-Bendit, justo después de Seattle. Unos días después lo repitió el Partido

Socialista, como si se tratara de romper el movimiento social diciendo: hacen esto sólo porque les sirve de trampolín para formar un partido político o para entrar en el gobierno. Como si no se pudiera tener un movimiento autónomo dotado de una lógica propia, que actúe como una fuerza de oposición fuera del dominio político establecido. Yo nunca me vería en el papel de líder de un partido político, de un representante profesional que asume su responsabilidad de manos de otras personas. El objetivo de un movimiento social o de un sindicato como el nuestro consiste en posibilitar que la gente actúe por sí misma. En nuestros días la economía se ha convertido en una esfera autónoma que impone sus propias leyes. Si hemos de crear una nueva política tenemos que entender esto.

El pasado verano viajaste a los territorios ocupados por Israel para manifestarte con los agricultores palestinos. ¿Qué aprendiste de la situación que se vive allí?

En primer lugar, experimenté la realidad de la ocupación militar israelí de Palestina, aquello es una verdadera guerra de colonización. Están intentando imponer un sistema de *apartheid* tanto en los territorios ocupados como a la población árabe del resto de Israel. También están aplicando, con el apoyo del Banco Mundial, una serie de medidas neoliberales encaminadas a integrar a Oriente Próximo en los circuitos de la producción globalizada, mediante la explotación del trabajo barato de los palestinos. Están creando a lo largo de la frontera con los territorios ocupados el mismo sistema de empresas que puede encontrarse a lo largo de la frontera mexicano-estadounidense. De tal forma que el conflicto presenta una dimensión económica muy profunda. Las resoluciones de la ONU deben ser aplicadas. Sin embargo, es preciso asimismo que se produzca una reorientación radical en el ámbito económico que ofrezca un futuro viable para los palestinos.

La prensa financiera ha venido anunciando triunfalmente que el 11 de septiembre ha acabado con el movimiento antiglobalización. ¿Cuál es tu valoración? ¿Han «cambiado todo» los ataques terroristas que se produjeron en Estados Unidos?

Por debajo, nada ha cambiado. La situación mundial sigue siendo la misma. Las instituciones siguen igual. Y los movimientos antiglobalización, a su vez, siguen presentes. Con el bombardeo de Afganistán, vemos cómo las necesidades de propaganda doméstica de Estados Unidos son aupadas a objetivos bélicos, infligiendo una venganza sobre un pueblo inocente que ya sufría los sufrimientos de la privación, al tiempo que amenazan con una desestabilización aún mayor en esa región del mundo. Asimismo, no cabe duda de que Estados Unidos quiere acceder a los pozos petrolíferos que escapan al control de la OPEC y puede tener la vista puesta en las reservas que se encuentran en las ex repúblicas soviéticas de Asia central. La posición de la *Confédération Paysanne* ha sido: «No a los talibán, no al terrorismo, no a la guerra».

Al mismo tiempo, podemos ver una nueva conciencia, nacida de la crisis económica, acerca de la necesidad de regulación y de intervención pública. A este respecto, la lógica de la globalización está ahora más a la defensiva. La crítica del neoliberalismo que hemos venido elaborando en los últimos años es más válida que nunca tras el 11 de septiembre. Sin embargo, la respuesta de la mayoría de los Estados que se han adherido a lo que denominan la «guerra contra el terrorismo» ha consistido en una expansión de las políticas neoliberales, como si éstas pudieran resolver las desigualdades entre los diferentes países o capas sociales. No han entendido nada. El 11 de septiembre debería haber sido una ocasión para evaluar el calibre de los costes sociales e ideológicos que ha supuesto este régimen y exigir su reforma radical. En cambio, están tratando de reforzar su dominio global, aumentando vertiginosamente los peligros de un conflicto internacional más amplio. A medida que el neoliberalismo aumenta el saldo de la miseria en el mundo, no hace sino aumentar el número de aquellos que están lo bastante desesperados como para lanzarse a ataques fanáticos y suicidas en su contra.